

HACE ya muchos años que la Unión Soviética dejó de verse, desde la izquierda, como una tierra de promisión y una esperanza de ayuda. China, por su parte, resultaba incomprensible y lejana: el desarrollo de los acontecimientos actuales —relaciones diplomáticas con Estados Unidos, pacto con el Japón, modificación de las normas comunistas para la organización de su sociedad y su economía— han venido a confirmar que aquella falta de comprensión estaba justificada. La izquierda, que durante siglos habla vivido con ciertas esperanzas en las doctrinas de la Revolución francesa y de los suaves y bondadosos enciclopedistas, y alentada por la declaración de independencia de los Estados Unidos, confiada como en un nuevo Evangelio en las sucesivas declaraciones de Derechos del Hombre, había ido sustituyendo estos ideales, a medida que se le convertían en apenas harapos, por las fuentes del marxismo y del leninismo; habían conseguido prevalecer aun a pesar de las campañas antisoviéticas, a las que finalmente colaboraron con entusiasmo los movimientos eurocomunistas, bajo la convicción de que Marx y Lenin no estaban exactamente representados y que habían sufrido una "rusificación" y

una distorsión al contacto con la realidad y con el enemigo. Lentamente, Marx y Lenin han sido también deteriorados en imagen, considerados como antepasados respetables, de los que quizá la izquierda pueda enorgullecerse, pero cuyas enseñanzas, usos y costumbres están fuera de lugar en un mundo como el de hoy.

Un mundo como el de hoy es un mundo que se va continuamente hacia la derecha. En Venezuela, en Portugal, en Francia o en España. Sin necesidad de llegar a las violencias de Chile y Argentina: son hasta de mal gusto, y sólo se utilizan en casos extremos. El progreso continuo de la derecha —que mucha parte de la misma derecha no ha comprendido todavía bien, porque tiene unos componentes de miedo, fuerza, seguridad y desconfianza que no la dejan respirar a gusto— no se debe tanto a su propia doctrina y a sus ganancias directas, sino sobre todo a la crisis de la izquierda, a la defección de la izquierda. Hay unos partidos de izquierda que evolucionan lentamente hacia un moderantismo y una prudencia que la lleva más allá del borde del abismo, al abismo mismo, como en las elecciones francesas —fecha funesta para la comunidad de la izquierda— o en los cambios políticos de Portugal. La izquierda occidental se alinea cada vez más con los principios de los Estados Unidos, tanto en la base doctrinal de la democracia capitalista como en la base práctica de la organización mundial —la OTAN, los diversos conflictos mundiales—; está buscando la humanización del capitalismo y le está prestando un gran apoyo.

Todo esto ha sido posible porque el fondo de la lucha de clases se ha desplazado. Ha quedado simplemente latente en cada país —aun-



Lo que se llamó "gauche divine" ha conseguido oficializar sus privilegios, pero una "gauche maudite" se ha visto, por el contrario, privada de atributos y posibilidades. En la foto, François Mitterrand, líder del Partido Socialista francés.

CRISIS DE LA IZQUIERDA

recuerda la prohibición de la pornografía con una sentencia contra el inocuo Apollinaire mientras obras más crudas y directas se ven en libros, cine o teatro— que, sin duda, podrá acentuarse impunemente, y lo acepta todo como una resignación elegante y aburrida. Lo que se llamó "gauche divine" ha conseguido oficializar sus privilegios; pero una "gauche maudite" se ha visto, por el contrario, privada de atributos y de posibilidades.

Parece como si el destino nos fuera a colocar en un enfrentamiento entre dos derechas, una de ellas llamada izquierda. Algo semejante ha sucedido ya en algunos países, como en Gran Bretaña y como en Alemania Federal. Desde el punto de vista del progreso humano —al que se está relacionando estrechamente con el progreso técnico, lo cual no es real: es una ficción que apareció al principio de la era industrial y que no ha conseguido disiparse seriamente— nada de esto es conveniente. La izquierda fue "la sal de la tierra", fue el toque de conciencia humanista, capaz de llevar hasta el sacrificio personal sus puntos de vista. No tiene derecho a abandonar esa posición. Menos aún tiene derecho a disfrazarla, a convertirla en un cierto abandono de posiciones en lo que parece un elegante desdén y una entrega a la fatalidad. No es tanto la alucinación del poder la que debe moverla —aunque sea el fin de toda política— como la inspiración para ese poder y para formas de vida más justas y más humanas.

Si la crisis de la izquierda persiste, podrá ocurrir que se pierda del todo y nos quedemos en esa ficción de las dos derechas. Se habrá perdido un lento progreso de siglos y siglos.